

MANTENGÁMONOS FIRMES EN LA ESPERANZA QUE PROFESAMOS

Texto de Hebreos 10, 19-25

¹⁹ Así pues, teniendo libertad
para entrar en el santuario, en virtud de la sangre de Jesús,
²⁰ [contando con] el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado
para nosotros
a través de la cortina, o sea, de su carne,
²¹ y teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios,
²² acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe,
con el corazón purificado de mala conciencia
y con el cuerpo lavado en agua pura.
²³ Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos,
porque es fiel quien hizo la promesa.
²⁴ Fijémonos los unos en los otros
para estimularnos a la caridad y a las buenas obras;
²⁵ no faltemos a las asambleas,
como suelen hacer algunos,
sino animémosnos
tanto más cuanto más cercano veis el Día.



DEL COMENTARIO DE A. VANHOYE (o.c., pág. 120-125)

Para definir nuestra nueva situación de cristianos, obtenida gracias al sacrificio de Cristo, el autor declara que tenemos «libertad para entrar en el santuario, en virtud de la sangre de Jesús» (Heb 10,19). Jesús mismo «por su propia sangre entra en el santuario» (Heb 9,12); entra «como precursor por nosotros» (Heb 6,20), pues su sangre purifica nuestra conciencia «de las obras muertas» y nos hace capaces de «dar culto al Dios vivo» (Heb 9,14). Esto nos concede «libertad para entrar en el santuario». Esta frase muestra que la «perfección» comunicada a los cristianos por la mediación de Cristo tiene el valor de una consagración sacerdotal.

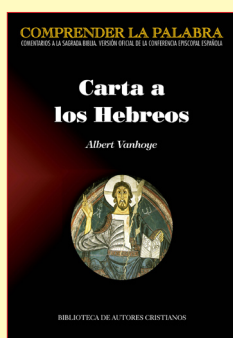
El versículo siguiente (10,20)...dice entonces que nosotros tenemos tres cosas: 1) un derecho de entrada en el santuario (10,19); 2) un camino para llegar allí (10,20); 3) un sacerdote para introducirnos (10,21). Esta es la situación privilegiada de los cristianos. Su relación con Dios no está trabada como en el Antiguo Testamento, donde solo una persona estaba autorizada a entrar en el santuario, y esto una sola vez al año. Además, el santuario donde tienen el derecho de entrar no es un edificio material, sino la santidad misma de Dios, pues Jesús les ha trazado el camino a través del velo de su carne hasta llegar a esta santidad. Su carne ha sido desgarrada en el curso de su pasión, y ha abierto así el paso hasta la intimidad de Dios.

Tenemos un «camino nuevo», que nos lleva a la inmensidad de Dios. Este camino está «vivo» pues Jesús mismo ha dicho: «yo soy el camino» (Jn 14,6), el camino que conduce de «este mundo al Padre» (Jn 13,1). Jesús es al mismo tiempo el guía «sumo sacerdote [establecido] en la casa de Dios», y «capaz» por tanto de introducirnos en su santuario. El autor retoma aquí su afirmación de Heb 3,6, donde ha dicho que Cristo es digno de fe «en tanto que Hijo [establecido] en su casa» y añade: «esa casa/familia somos nosotros». La mención de Cristo como «sumo sacerdote» completa felizmente su designación precedente, pues «camino» es una apelación impersonal, mientras que «sacerdote» designa claramente a una persona.

El autor nos invita a corresponder convenientemente a esta situación privilegiada. Se hace «con un corazón sincero», pues la falsedad separa completamente de Dios. Se hace «en plenitud de fe», pues «nosotros caminamos en la fe, no en visión» (2 Cor 5,7). Podemos vivir «en plenitud de fe», pues «hemos sido bautizados»; el autor sitúa aquí una doble alusión al bautismo; primero desde el punto de vista de su eficacia interior («cuerpo lavado en agua pura»); luego el autor presenta el bautismo como el rito de entrada en la nueva alianza.

Después el autor invita a «mantenernos firmes en la esperanza que profesamos» (Heb 10,23); la esperanza, de la cual ya ha hablado en distintas ocasiones (Heb 3,6; 6,11.18; 7,19), está estrechamente unida a la fe y entra incluso en su definición en Heb 11,1. La esperanza encuentra su fundamento en la fidelidad de Dios a sus promesas. Para designar a Dios en esta frase el autor dice simplemente: «quien hizo la promesa», ¡maravillosa definición de Dios!

Después de la fe y la esperanza, el autor pone la caridad. Se muestra, en esto, discípulo del apóstol Pablo (ver 1 Cor 13,13), al igual que en su crítica a la Ley. El amor de caridad tiene dos dimensiones: amor a Dios y amor al prójimo (ver Mt 22,36-40). La caridad comunitaria exige la asiduidad en las reuniones de la comunidad. No es posible ayudarse mutuamente si no se encuentran. El autor en el pasaje critica la frecuente ausencia de ciertos cristianos. Acaba exhortando a ser valientes y, para reforzar su exhortación, añade: y esto, «tanto más cuanto más cercano veis el Día» (Heb 10,25).



PROFUNDIZANDO EN LA FE-ESPERANZA

« Spe salvi facti sumus » – en esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (Rm 8,24). Según la fe cristiana, la « redención », la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino. En efecto, « esperanza » es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras « fe » y « esperanza » parecen intercambiables. Así, la Carta a los Hebreos une estrechamente la « plenitud de la fe » (10,22) con la « firme confesión de la esperanza » (10,23). También cuando la Primera Carta de Pedro exhorta a los cristianos a estar siempre prontos para dar una respuesta sobre el logos –el sentido y la razón– de su esperanza (cf. 3,15), « esperanza » equivale a « fe ». El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo « ni esperanza ni Dios » (Ef 2,12). En el mismo sentido les dice a los Tesalonicenses: « No os aflijáis como los hombres sin esperanza » (1 Ts 4,13)...En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo « informativo », sino « performativo ». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.

(Benedicto XVI, *Spe salvi*, n.1 y 2).

La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una « prueba » de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro « todavía-no ». El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras. (Ibd. n. 7)



AUDACIA Y FERVOR EN LA MISIÓN EVANGELIZADORA (Papa Francisco)

Al mismo tiempo, la santidad es *parresía*: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: «No tengáis miedo» (Mc 6,50). «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). Estas palabras nos permiten caminar y servir con esa actitud llena de coraje que suscitaba el Espíritu Santo en los Apóstoles y los llevaba a anunciar a Jesucristo. Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo *parresía*, palabra con la que la Biblia expresa también la libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás (cf. Hch 4,29; 9,28; 28,31; 2Co 3,12; Ef 3,12; Hb 3,6; 10,19).

Cuántas veces nos sentimos tironeados a quedarnos en la comodidad de la orilla! Pero el Señor nos llama para navegar mar adentro y arrojar las redes en aguas más profundas (cf. Lc 5,4). Nos invita a gastar nuestra vida en su servicio. Aferrados a él nos animamos a poner todos nuestros carismas al servicio de los otros. Ojalá nos sintamos apremiados por su amor (cf. 2 Co 5,14) y podamos decir con san Pablo: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9,16).

Miremos a Jesús: su compasión entrañable no era algo que lo ensimismara, no era una compasión paralizante,

tímida o avergonzada como muchas veces nos sucede a nosotros, sino todo lo contrario. Era una compasión que lo movía a salir de sí con fuerza para anunciar, para enviar en misión, para enviar a sanar y a liberar. Reconozcamos nuestra fragilidad pero dejemos que Jesús la tome con sus manos y nos lance a la misión. Somos frágiles, pero portadores de un tesoro que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban. La audacia y el coraje apostólico son constitutivos de la misión.

La *parresía* es sello del Espíritu, testimonio de la autenticidad del anuncio. Es feliz seguridad que nos lleva a gloriarnos del Evangelio que anunciamos, es confianza inquebrantable en la fidelidad del Testigo fiel, que nos da la seguridad de que nada «podrá separarnos del amor de Dios» (Rm 8,39).

Dios siempre es novedad, que nos empuja a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras. Nos lleva allí donde está la humanidad más herida y donde los seres

humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. ¡Dios no tiene miedo! ¡No tiene miedo! Él va siempre más allá de nuestros esquemas y no le teme a las periferias.

(GetE, n.129-132;135)

